

CAPITULO VIII.

ORIGENES POSITIVOS DE LA VERDADERA RELIGION:

SUS DOGMAS.

Los libros del Nuevo Testamento son auténticos; su historia es verdadera: ¿son sus dogmas de origen divino ó de formacion puramente humana? La negacion no vacila en contestar afirmativamente la última de esas preguntas. Cual si por ser divina una enseñanza dogmática no debiese contener verdad alguna conocida, ó como si la totalidad de lo verdadero no debiese contener las parciales; échase en cara al cristianismo y esto constituye su prueba, el haber coleccionado en un conjunto evidentemente sobre-

humano los fragmentos de verdad esparcidos en el seno de la circulacion general. De seguro que se le habria tachado de incompleto si no se las hubiese asimilado, pero como se las apropia, acúsasele de plagiarlo. Y sin embargo, es cosa sabida que para levantar un edificio nuevo, no es indispensable que sean nuevos los materiales que se emplean, basta con que dispongan de una manera completamente nueva. El buen sentido jamás escatimará sus aplausos á la gloriosa empresa llevada á cabo por Jesucristo; pero tratándose de la crítica ya es distinto: la crítica es capaz de poner en tela de juicio hasta las pragmáticas del sentido comun, y nada lo prueba tanto como los ataques dirigidos al origen divino de los dogmas cristianos.

Semejante oposicion, no tanto procede de la erudicion, segun afecta creerlo, como del sistema; pues establece como principio que un símbolo religioso no puede descender del cielo, por lo mismo que el Autor de la naturaleza, si alguno contiene, se contenta con asistir al juego invariable de las fuerzas ciegas ó inteligentes á que dió existencia, sin interrumpirlo jamás. Sienta despues, que las creencias son resultado de la accion lenta del tiempo y de las evoluciones humanas. Establecido este principio, nada más fa-

cil á la negacion que echar mano de pretextos, en defecto de razones y fundamentos; y como dispersos y disgregados sorprende aquí y allá algunos rudimientos desnaturalizados de la revelacion primitiva, que la revelacion cristiana ha cuidado de restaurar, declara terminantemente que esta no existe, puesto que, siquiera transfigurándolo, no ha hecho más que trabajar en la mesa empleada por la primera, lo cual vale tanto como negar el acto divino de la Redencion por el mero hecho de que supone la creacion.

Los diversos lugares en que se establecieron corrientes precursoras del Evangelio son las religiones del Oriente presentadas por la Persia, las teorías espiritualistas de la Grecia, el ascetismo de las ciencias judías y cristianas, y los trabajos de la escuela erudita de Alejandría. En presencia de esas afinidades la negacion no vacila en declarar que el cristianismo debe ser un efecto natural de esas causas, no el resultado de una causa sobrenatural. No importa; demostremos á la negacion que procede empírica y no racionalmente, cuando cambia lo que se cree que debe ser en lo que *es* y que *no es* cierto que el Evangelio sea un sincretismo, formado por los diferentes elementos proporcionados: 1.º por las revelaciones de Zoroastro; 2.º por las de la

filosofía griega; 3.º por las del philonismo; 4.º por las del eclecticismo de la escuela de Alejandría.

Cumple desde luego dejar consignado que aún cuando hubiesen existido las doctrinas cristianas antes de Jesucristo, sería un absurdo decir que él las coleccionó.

Para esto habría sido menester que hubiese adoptado las resoluciones de estudiarlas, ¿mas puede concebirse que se le ocurriera semejante pensamiento, siendo como era Judío sincero, y debiendo por consiguiente mirar con prevención y aún despreciar los sistemas de los pseudo-sábios y el contacto de las sociedades extranjeras? Era menester además, que despues de haber to

mado ó siquiera concebido ese pensamiento, lo hubiese llevado á cumplida ejecucion. Moisés, primer legislador del pueblo de Isreal, fué educado en el palacio de los Faraones y adquirió en ellos todos los conocimientos del Egipto; pero Jesucristo no era solo y exclusivamente un Judío en toda la extension de la palabra, sino tambien un artesano desprovisto de ciencia y sin más educacion que la que pudo adquirir en el taller de un carpintero. Era indispensable tambien que hubiese tenido la edad conveniente para llevar á cabo semejante empresa: ahora bien, ¿cómo se concibe que habiendo comenzado á dogmatizar á los treinta años y habiendo muerto á los treinta y tres, en tan breve tiempo y con tan escasa cultura hubiese sido capaz de profundizar y desmenuzar los monumentos filosóficos en los cuales, segun se sienta, fué á beber sus doctrinas? Por último, era menester tambien, que despues de haber llevado á cabo su seleccion doctrinal, hubiese trabajado incesantemente en la conservacion de su obra, y ¿puede concebirse que en tan corto periodo hubiese tenido espacio suficiente no solo para establecer su fundacion, sino tambien para asegurarle en lo venidero su vida inmortal? Todos estos prodigios se explican perfectamente si Jesucristo es Dios; pero

son de todo punto inexplicables considerándolo de otro modo.

Elíjase á un carpintero de treinta años, llévasele á una de nuestras mejores bibliotecas, pónganse ante sus ojos y á su disposicion todas las obras maestras de la filosofia griega y de la civilizacion romana del tiempo de Augusto, y dígamele despues: Abandona los instrumentos de tu trabajo y con esos libros funda una religion nueva que cambie por completo el mundo, y una sociedad indestructible que garantice para siempre tu revelacion. ¿No es verdad que se juzgaria un despropósito semejante proposicion? Mas supongamos que no se trata ya de un simple carpintero, sino de un magistrado, de un académico, de un profundo legislador: ¿podria emprender la obra con mayores esperanzas de feliz éxito? ¿Y un simple artesano de Nazaret, habria acoметido lo que Licurgo ó César se hubiesen guardado muy bien de intentar? ¿Habria realizado la ignorancia lo que génio ha juzgado de imposible realizacion? ¿Habria la juventud llevado á cabo una obra, que sólo el imaginaria, supone la madurez más acabada? Mas entónces, ¿no comprendeis que dais á Jesucristo una estatura colosal, fantástica, y que al negarle la condicion de Dios, que repugna á vuestras creencias, lo

convertía en un ser quimérico y como ninguno extraordinario (1).»

Aun suponiendo que el cristianismo se hubiese hallado en germen en las fuentes que se le señalan, Jesucristo habría carecido de fuerzas para hacerlo brotar: júzguese pues si no sube mil veces de punto la dificultad, tratándose de sacar de un fondo determinado, una cosa que no existe en dicho fondo.

Ni existía tampoco en los libros atribuidos á Zoroastro. Hé ahí cuales serían los *origenes del cristianismo* segun los últimos descubrimientos realizados por la ciencia. «El Zend-Avesta contiene toda la doctrina metafísica de los cristianos. La unidad de Dios, del Dios vivo, y el Espíritu, el Verbo, el Mediador, el Hijo enjendrado por el Padre. Principio de vida para el cuerpo, y de santificación para el alma. Encierra la teoría, de la caída y la de la redención por la gracia, la coexistencia inicial del Espíritu infinito con Dios, un embrión de la teoría de las encarnaciones, la doctrina de la fé, la de los ángeles buenos y malos, conocidos bajo el nombre de *Amschaspands* y *Darvands*, la de la desobe-

(1) Monsieur Plantier: Conferencia tercera.

dencia al Verbo divino presente en nosotros, y de la necesidad de salvacion. Por último, la religión del *Avesta* excluye todo sacrificio sanguiento. Al pasar á los Isrealitas debía suprimir la inmolacion del Cordero Pascual reemplazado por una víctima ideal, y esto es lo que efectivamente se realizó, en primer lugar entre los esenianos y los terapeutas, y más tarde entre los cristianos (1).»

Ocurre ahora preguntar: ¿De qué manera pasaron esos dogmas desde la Persia al Evangelio y posteriormente al mundo? Y á esto se contesta: En tiempo de la cautividad de Babilonia, la religión de Zoroastro dió lugar á que naciera entre los judíos una secta secreta, cuya doctrina transmitida por la tradicion oral se perpetuó pasando de los asenianos de Palestina, á los terapeutas de Egipto, de los Setenta al judío Philon que enseñaba el griego en Alejandria, y en fin, de este á Jesus, que sirvió de iniciador á algunos apóstoles. Lo demás es cosa sabida.

¡Qué descubrimiento más prodigioso sino fuera pura invencion! Por supuesto que no hay para qué poner en tela de juicio la rectitud y honradez de los Bunsen en sus especulaciones relati-

(1) Ernesto Bunsen *Orígenes del cristianismo*.

vas al pro y al contra de la religion, así como tampoco su sentimiento religioso; ¡mas á qué desviaciones está sujeto un carácter más original que verdadero, que anda en pos de novedades sorprendentes!

Para desvanecer tales asertos, empezamos por preguntar: ¿A qué edad histórica ó mitológica ha pertenecido Zoroastro? ¿Qué participacion ha tenido en la redaccion de los libros que se le atribuyen? ¿No fué él quien tomó de las razas semíticas cerca de las cuales vivia? Y nada digamos de los dógmas iranianos cosa que hemos demostrado ocupándonos del boudhismo, en los cuales las creencias hebraicas que se encuentran, proceden de haberlas llevado à ellos las emigraciones judías, no de que fueran à buscarlas entre estos. La autoridad que alcanzó Daniel entre los magos bajo los reinados de Darío el Medo y de Cyro, ¿no constituye una nueva prueba de que, hasta en su destierro, el pueblo de Israael en materia de religion, más bien que dominado fue dominador? A más de que ¿no le estaba impuesta esa influencia como una especie de mision que debía llenar en virtud de estas palabras sagradas: «Dios os ha dispersado por entre los pueblos que le desconocen, para que refraís sus maravillas y les enseñéis que no existe más

«Dios Omnipotente que él (1)» [Esto sentado, ¿puede M. Bunsen afirmar que los gérmenes cristianos del *Avesta* en lugar de ser la causa de nuestra revelacion, no son sino efecto de ella? Si son efectivamente el efecto de la revelacion primitiva, conservada allí mejor que en otros lugares, por el contacto de la tradicion judía; y si ciertos sabios deducen consecuencias contrarias à la verdad lógica, proviene de considerar las cosas al revés de la verdad histórica.

¿Se quiere ver, por medio de ejemplos irrecusables, de qué manera el mazdeismo ha tomado de nosotros, siendo así que se ha supuesto que nosotros hemos plagiado de él? Es cosa verdaderamente digna de llamar la atencion, segun M. Spiegel, la analogia existente entre un manuscrito persa y un manuscrito hebreo ó arameo de la Biblia, en cuanto se refiere al arte del copista: la misma forma, idéntica disposicion en las paginas; la misma manera de escribir y entremezclar el texto, la version, las notas; el mismo procedimiento en el anunciado de las divisiones, de las suscripciones. Hasta las palabras técnicas de su arte ha recibido el librero persa

(1) Tob. XIII, 4.
TOMO I.

de su maestro sirio y de la lengua de Mesopotamia. Ya se comprende que no es de suponer que à lo dicho se limitara, es decir, à la forma exterior de los libros y à su lado puramente material, lo tomado por los persas á otros pueblos. Tanto es así, que en comprobacion de lo dicho podemos citar algunas de sus obras; el *Ardai-Viraf-Namé*, que no es más que un arreglo, para uso de los Parses (Guebros), de un escrito apócrifo, del siglo tercero, conocido bajo el nombre de *Ascension de Isaias*; el *Bahman-gascht*, es una imitacion perfecta del libro de Daniel y de su vision de los cuatro imperios; el *Mino-Khired*, obra de muy reciente composicion, pone de manifiesto más de un plagio del propio género. En este, continúa diciendo M. Spiégel, encontraremos por vez primera en los monumentos del mazdeismo la sabiduría subsistente y personal (1).

[De esta suerte es como se procede en el país de Zoroastro para convertir los escritos nuevos en autoridades de antigüedad inmemorial, y así es como los críticos lijeros refieren à los tiempos de la cautividad de los judíos en Babilonia obras

(1) El Rdo. Lo Hiri: *De los orígenes del cristianismo*.

compuestas mil ó mil quinientos años despues! ¿No obstante, cuáles son los lectores de nuestras sabias revistas que están en guardia respecto de tales añagazas?

Consideremos sin embargo desde el punto de vista doctrinal, esa objecion desautorizada en el punto y hora en que se la ha sometido al juicio de la historia. Ciertamente que el *Avesta* profesa la creencia en un Dios preeminente, y creador del cielo y de la tierra; pero este Dios no es un creador *ex nihilo* y su preeminencia lo es sólo de nombre, toda vez que sólo ejerce dominio sobre la mitad del universo, teniendo en Ahriman un rival con el cual debe contar, principio no ménos eterno que él y fuente y origen de todo mal moral y físico.

Ciertamente que los iraníanos conceden à su Dios ciertas denominaciones bíblicas; pero la Biblia es monoteísta y el *Avesta* no lo es, ya que en ella el sol, la luna, el fuego, el agua, Syrio, celes, el conductor de los astros, las horas y las estaciones, se hallan colocadas en el número de las divinidades.

Ciertamente que el mazdeismo refleja allá y acullá ciertos resplandores del mosaísmo; más aún así, ¡qué diferencia entre el Egipcio arrodillado delante de un buey, un gato, un cocodrilo y una

cebolla de su huerta, y el hijo de la Persia para el cual no existe obra más meritoria que el exterminio de las culebras, los galápagos, las hormijas, los lagartos y otras criaturas de Ahri-man!

Cierto que el culto persa tomó algunas palabras del lenguaje de nuestros autores sagrados; pero por más que hizo jamás pudo penetrar el espíritu de tales palabras: por esto á sus ojos era el incesto cosa no sólo lícita, sino tambien recomendable; en cambio alentar sobre el fuego y hacer al mismo una ofrenda sin cubrirse lo boca, matar ó simplemente herir á un perro, constituían verdaderos crímenes para los cuales no habia remision, y no obstante eran castigados con pena de muerte.

Cierto que se encuentran en el *Avesta* algunas ideas elevadas relativamente á la pureza de los elementos, mas ¿qué juicio debe formarse de una pureza que consiste en entregar el cadáver de una pureza á los animales para que lo devoren, á los padres á los animales para que lo devoren, á fin de evitar que se inficionen el agua, la tierra y el fuego; y en creerse purificado merced á la asquerosa y repugnante ablucion de orines de buey?

Añádase á la deificacion de los elementos, la apoteosis de los astros, la del sol en particular,

casi identificado con Ormuzd; la de la luna unas veces invocada como llena, otras como nueva; la de Cyrio, el dios de las irrigaciones, que alternativamente y á su voluntad toma la forma de un caballo lanzado á velocísima carrera, ó la de un robusto toro; ó la de un jóven en la flor de la adolescencia. Añádase al culto de los astros la adoracion de las almas; la existencia de los Ferouers ó génios tutelares destinados á la salvaguardia de los hombres, de las estrellas, de los mismos dioses; póngase la atencion en el hecho de que así como todo hombre es dios por su Ferouer, toda divinidad tiene algo del hombre por su corporalidad, hasta el punto de que ni el mismo Ormuzd escapa á esa ley general que no admite un sólo espíritu puro; su único privilegio consiste en estar dotado del más excelente de todos los cuerpos. Recuérdese por último que Ormuzd tiene muchas esposas, muchos hijos ó hijas, ocupando el primer lugar entre aquellos el fuego, y contándose entre las segundas la tierra y el agua, y si en esta monstruosa mescolanza de cielo y de tierra, de espiritual y de corporal, de divino y de humano, no se reconoce el embrión de la teología cristiana, atribúyase á falta de iniciacion en los misterios del *Zend-Avesta*.

¿Y esas informes trazas de un monoteísmo ahogado desde el más confuso amontonamiento de ideas politeístas, dualistas, panteístas, habría dado origen à la noción tan limpia y precisa de la unidad divina enseñada en nuestros Evangelios? ¿Y Jesús que tenía dicha noción à su alcance en una tradición hebrea, constante y explícita, respecto del particular, habríala ido à buscar en Zoroastro, que en último resultado no la poseía, por un camino oculto que nadie ha podido descubrir? ¿Y de esos cáos de disparatadas supersticiones habría brotado en virtud de la palabra de un compilador, la bellísima armonía de nuestros misterios? La simple proposición de tales cuestiones atendida su extravagancia constituye una contestación satisfactoria.

No se pretenda salirnos al paso con «El Espíritu, el Verbo, el Mediador, el Hijo enjendra do por el Padre» y otras palabras artificiosamente combinadas con el propósito de acreditar la idea de una trinidad anterior à la nuestra y tipo de la nuestra, porque en tal caso diremos desde luego que esas triadas se encuentran en todas partes y que lo único que prueban es que la Trinidad cristiana ha sido universal y vagamente presentida; pero que solo ha podido ser revelada por el Evangelio, por la sencilla razón

de que era indispensable una luz divina para conducir al espíritu humano de ese presentimiento à esta revelación. Diremos también que las palabras Hijo, Espíritu y Mediador con las cuales pretende crearse un fantasma, no se encuentran, según sienta el doctor Spiegel en los antiguos libros iranianos, pues los textos vagos y los escasos fragmentos que al parecer aluden à los mismos, llevan el sello que les hace sospechosos de interpolación. Diremos en fin que Mithra ó el mediador mezdeano solo ofrece una engañosa analogía con nuestro dogma correspondiente. En cuanto al espíritu de Ormuzd debe tenerse en cuenta que contiene tres substancias en una persona, en lugar de ser una substancia única en tres personas. A más de que, ¿qué necesidad hay de acudir à las fuentes zoroásticas, para explicar el modo como semejante noción ha pasado al símbolo cristiano?

¿Por ventura no se repetía incessantemente este nombre en las paráfrasis caldeas ó *Thargums* leídas públicamente en el seno de las sinagogas? ¿No era una expresión usual la que empleaba San Juan Bautista al afirmar que había visto al Espíritu Santo descansando sobre la cabeza de Nuestro Señor? ¿No nos ofrece Moisés desde el principio al Espíritu de Dios flotando sobre

las aguas, y al Creador fecundando el caos por su Verbo ó su palabra? ¿No ha exclamado Isaías «El Espíritu de Dios está sobre mí,» y adelantando más no llega á enumerar los siete dones del Espíritu Santo? En suma, esas palabras teológicas que se encuentran á cada paso en el Antiguo Testamento, es decir, en unos Libros, con frecuencia más antiguos que el *Avesta* y á los cuales de seguro acudí repetidas veces el *Avesta*, ¿por qué razon debía Jesus ir las á buscar lejos teniéndolas cerca, y á qué achacarlas á una iniciación persa, cuando eran fruto por demás espontáneo de la educación hebrea?

De la teoría de las encarnaciones mazdeanas tales como las de Vischnou en la Italia, y las de Osiris en el Egipto, sólo debemos decir que más bien que el gérmen, constituirían la parodia del misterio de Belem, si no expresaran el sentimiento natural por cuyo medio queria Dios hacer de nosotros el asiento granítico de las creencias sobrenaturales que estábamos destinados á atesorar.

Finalmente, la idea de la redención de tal suerte se desprendía de los anuncios proféticos, de las tradiciones judaicas y paganas, de la esperanza universal, del dogma mesiánico, que domina en toda la antigua Alianza, que es impres-

cindible preguntarse si es audacia ó ingenuidad lo que debe verse en el afán de sostener, como hacen algunos, que semejante evidencia histórica procedió por enseñanza secreta desde Zoroastro hasta Jesucristo.

Conclusion victoriosa que con la substancia de esta refutación, tomamos del eminente sábio Rdo. Le Hir: Si nuestros dogmas en su vasta síntesis, no fuesen más que un plágio hecho á la Persia, ¿cómo se explica que la Persia no los reconociera y aun admitiera en cuanto fueron á predicarlos los Apóstoles? ¿Por qué convirtió en mártires á los que iban á propagar aquello mismo que ella enseñara? ¿Y cuando en el siglo tercero, bajo el gobierno de los Sassanides, tomó nuevo vuelo la religión de Zoroastro, por qué no acogieron esos principes como hermanos á los cristianos, en lugar de convertirse en los más ardientes perseguidores, los que más celo mostraban por su culto? ¿Puede presumirse que Sapoor II, por ejemplo, durante su largo reinado de sesenta y seis años, inmoló innumerables discípulos de Cristo, por la sencilla razon de divulgar una doctrina secreta de la Persia, y no porque existiese antagonismo entre la religión del *Avesta* y la del Evangelio? Todo esto es tan claro que no necesita demostración.

De manera que en tanto la escuela de Tubinga, Strauss y otros muchos por medio de sus arreglos de los Evangelios procuraban retrasar la formación del dogma cristiano á una época posterior á Jesucristo, M. Bansen pretende que fué muy anterior al advenimiento de nuestro Redentor. El cristianismo se ofrecia no hace mucho como el fruto más exquisito del semitismo, hoy se pretende que sea el producto directo del aryaismo, y la persona de Jesucristo en la cual reconoce por lo ménos M. de Bansen al Verbo encarnado de Dios, desaparece por completo en las conclusiones que resultan de su libro. Hé ahí á lo que ciertos doctores de revista llaman «los hechos más generalmente reconocidos y los datos más positivos de la ciencia moderna (1).» Tanto peor para esta, si es capaz de creer lo que asegura respecto del particular, y mucho peor aún si es que no lo cree.

(1) Revista de ambos mundos 1º, Diciembre 1835.

II.

Después del mazdeismo, la filosofía griega ha sido considerada como el segundo crisol en el cual se elaboró nuestro dogma revelado. Considerada esta filosofía desde el punto de vista especulativo, resúmese perfectamente en el platonismo. El valor intrínseco de este sistema, el soplo de espiritualismo que lo anima, la estimación que inspiraba á los Padres de la Iglesia, el uso frecuente que han hecho del mismo en sus apologías, son otras tantas causas que han contribuido á que se le considerara de no poca importancia su sus relaciones con el Evangelio. Platon llegó á ser considerado por algunos como un lejano precursor de Jesucristo, no falta quien le haya llamado su maestro, y en tanto que la conformidad de su doctrina con el dogma cristiano era motivo suficiente para que dedujera la ra-

zon una revelacion anterior más ó ménos confusamente difundida en los pensamientos del mundo, el racionalismo solo ve relaciones de causalidad entre esta doctrina y la doctrina cristiana. ¿Qué debemos pensar de esto? Que en nada han divagado tanto nuestros adversarios.

Aun cuando los Padres hayan puesto de relieve el lado verdadero del platonismo como un testimonio de la razon en favor de nuestro dogma, ¿debe de ello deducirse que este se haya enriquecido á costa del platonismo? Esto no puede admitirse ni para las creencias naturales ni para las verdades sobrenaturales de nuestro símbolo.

Las verdades naturales que se hallan en Platon no le pertenecen como cosa propia, sino que son patrimonio comun de las inteligencias, y rayos de luz difundidos por la religion universal, que el platonismo ha sabido agrupar con verdadero génio. Ciertamente Platon es espiritualista; mas el espiritualismo no es esencial ni exclusivamente platónico. Por lo demás, no es difícil observar cuánto palidece el espiritualismo platónico lleno de sombras y contradicciones, sometido al esplendor del espiritualismo cristiano. Para depurar el platonismo y asimilarse los fragmentos de verdad que en él se encuentran, sin adoptar ni uno siquiera de sus errores, era indispen-

sable hallarse en posesion de la verdad. Pues bien, esto lo ha hecho el cristianismo, y lo ha hecho sin ocuparse poco ni mucho de Platon y no es extraño; ¿para que necesitaba de semejante predecesor para conocer la existencia y la unidad de Dios, la distincion del alma y del cuerpo, la vida futura, los principios de la moral natural? ¿Por ventura no pertenecen todas esas verdades á la religion primitiva del género humano? ¿Acaso no se conservaron puras ó inalterables entre el pueblo judío? ¿Es que el platonismo, desde este punto de vista, no está por debajo del Antiguo Testamento? Dígase pues que Platon mediante su vasta lectura ó por medio de los viajes se inspiró en nuestros Libros sagrados, y estará más puesto en razon que sostener que estos procedan de los suyos. Se necesita más valor del que á primera vista puede presumirse, para declarar al Evangelio simple eflorescencia de una filosofia griega; para no reconocer en él una revelacion divina.

Desde el punto de vista de las ideas sobrenaturales, ¿qué hay de comun entre el platonismo y el símbolo cristiano? Ni siquiera la menor analogía capaz de justificar la solidaridad que se establece. ¿Puede admitirse como cierto que el Verbo de la Trinidad católica estuviese ya bos-

quejado en el *logos* de la filosofía griega? No, porque el *logos* de Platon era en Dios la facultad de concebir, y en manera alguna una persona viva. ¿Puede admitirse que nuestro Verbo se halle en ese tipo primordial, en esa idea reguladora sobre la cual, según enseña el discípulo de Sócrates ha delineado Dios el mundo? No, porque dicho tipo es exterior á la divinidad, como la verdad objetiva está fuera del espíritu que la concibe, en tanto que el Verbo es uno con el Padre; no, finalmente, porque el tipo de Platon no se halla engendrado por el Dios que le copia, en tanto que nuestro Verbo procede del Padre como el rayo de su foco, sin separarse jamás el uno del otro. De manera que por un lado tenemos una persona completa, divina, coexistente en la unidad de substancia con otras dos personas en todo iguales á ella misma y entresí, es decir, el Verbo de la fé católica; en tanto que por el otro nos encontramos con un no sé qué indefinible, externo en Dios, distinto de Dios, que es, cuando más, atributo de Dios, pero sin personalidad divina: tal es el Verbo de la fé platónica. Para confundirlos, es preciso no conocerlos.

Y habiendo de tal manera caracterizado al Verbo el autor del *Timee*, ¡ha caracterizado me-

por los rasgos del Espíritu Santo? Hay más aun: ¡ha hablado siquiera de él? Algunos han creído reconocerlo en esa alma inmensa por cuyo medio anima al mundo el poético metafísico; mas esa alma inmensa no es más que una partícula de Dios, se compone de materia y de espíritu, y se halla, por último, como aprisionada en la masa incommensurable á que comunica movimiento, del mismo modo que una inteligencia en sus órganos. Ahora bien: ¿qué relacion existe entre esa concepcion fantástica y el amor substancial del Padre y del Hijo, igual al uno y al otro, espíritu puro como ellos, y que subsiste independientemente del universo á pesar de que preside á sus destinos? En verdad que si existe entre las dos ideas vínculo alguno genealógico, puede decirse que Platon ha desfigurado una tradicion de Israel, y no que una tan sublime creencia haya podido nacer de los sueños de Platon.

Y sentado esto, Platon y Jesucristo, tan divergentes respecto de la Trinidad, ¿se acordarian mejor en cuanto se refiere á la creacion? Vamos á verlo. Jesucristo enseña la fecundacion de la nada: Platon la eternidad de la materia, de suerte que el Dios á quien llama Padre de la naturaleza y supremo arquitecto, no es más que un artesano vulgar, que procede como el alfare-

ro cuando da forma al barro de que no puede llamarse autor (1). ¿Se asemejan más en lo que se refiere à la santificación? Platon, esencialmente fantástico y especulativo, se complace en su pensamiento en favor de la misma, habiéndosele con justo título comparado à un hombre inclinado sobre su inteligencia cual si fuera un manso arroyuelo, y que se deleita contemplando el curso de las aguas, sin preocuparse del término d6nde van à parar: Jesucristo, por el contrario, es un reformador esencialmente práctico, que subordina toda su revelacion y sus influencias todas à la perfeccion del linaje humano. «Finalmente, Platon no poseía las ideas que se le han atribuido, y su filosofía no se encaminaba à la salvacion, tal cual la entiende el sentido cristiano. Cierito que pretendia restaurar el 6rden moral y levantar la humanidad de en medio de las ruinas en que yacía; pero los medios que emplea no pueden conducirle al término que se propone. Ve la corrupcion del hombre; pero no conoce las causas ni los remedios; ignora que el des6rden que distingue en la sociedad, tiene su origen en la ruptura del vínculo

(1) Bossuet.

lo sobrenatural que une el hombre à Dios: ignora, sobre todo, que la salvacion de la humanidad depende de que se restablezca dicho vínculo. Por lo demás no se encuentra en su filosofía la huella más insignificante de una percepcion, siquiera oscura y confusa, del principio de la redencion (1).

En resumen: el bien, la razon ó el Verbo y el alma, constituyen los tres términos de la triada platónica, y por lo tanto ha sido menester una gran dosis de buena voluntad en los primeros comentaristas del Evangelio, para ver en esos informes rudimentos la confirmacion del dogma trinitario. Acaso los Padres de la Iglesia han contemplado à Platon al traves de los prismas de la imaginacion oriental, prestándole algunas de sus ideas para aprovecharse de su autoridad en utilidad del cristianismo. ¡Cuál sería hoy su sorpresa si vieran que al presente se tergiversan sus pruebas, haciendo proceder el cristianismo de semejante autoridad!

Y de la misma manera que no puede concederse al platonismo el honor de nuestros dog-

(1) Becket. *El sistema de Platon en sus relaciones con el dogma cristiano.*

mas sagrados, tampoco debe atribuirse al estoicismo el origen de la moral cristiana. No hay para qué insistamos mucho respecto del particular; basta con que nos dirijamos á la memoria del lector.

Los estoicos ejercieron durante breve periodo un verdadero imperio sobre la opinion, gracias á su elevacion moral, y Pompeyo vencedor de Mitrídates, inclinó las haces de la república ante la morada del filósofo Posidonio; pero Posidonio y toda su escuela debian humillarse completamente ante la cruz de Jesucristo.

¿En qué se asemejan, si nó la moral del Calvario y la del Pórtico? Esta sólo busca una grandeza con más frecuencia contraria que superior á la naturaleza, en este mundo; aquella no se propone más que la pureza de la conciencia en la tierra, y la conquista de un mundo mejor en lo porvenir. Esta sólo se inspira de una razon seca y en un frio amor de sí mismo; aquella juzga el móvil de sus sacrificios en el amor de Dios y del prójimo. Esta sostiene que la felicidad no puede figurar entre los bienes presentes; aquella la hace consistir en estar desprovisto de dichos bienes, y en elevar el alma humana á la contemplacion de los goces celestiales. *Bienaventurados los pobres! Bienaventurados los que lloran! A-*

quella es humilde y Christo negaba á los dioses el derecho de tenerse en más que él; es casta, y el cinismo de Zenon excede á veces al de Diógenes; está resignada con la modestia, y el *justum ac tenacem propositi virum* de la escuela estóica no es más que una baladronada de firmeza; por último, creó la fraternidad, y si el estoicismo hace burla de la venganza, es porque á ella sustituye el desprecio, pues considera el amor del propio modo que el ódio, como una debilidad y tiende á aislar al corazon humano, colocándolo en medio de un desierto espantoso é inaccesible.

Cristianismo y estoicismo carecen pues completamente de vínculos de filiacion y en el supuesto que esta filiacion exista es más bien del segundo al primero, pues por lo que á la moral pública se refiere, el cristianismo comunicó su influencia purificadora al mismo estoicismo. Séneca, Epitacto, alcanzaron proporciones desconocidas á sus predecesores, apoderándose de la substancia evangélica en provecho de su doctrina, y cuando se compara el estoicismo posterior á Jesucristo con el que le precedió, se ven las ventajas que tiene el segundo sobre el primero y no puede ménos que exclamarse: no es Jesucristo quien se ha hecho un pedestal de la sabiduría de Zenon, sino Zenon, cuyo corazon de

acero, é imperturbable impassibilidad, se ablandaron y conmovieron merced á la irresistible influencia de Jesucristo.

III.

Y pues no han inspirado la doctrina de Jesus ni Zoroastro, ni Platon, ni Zenon, ¿encontraremos la esencia de la misma en las sectas judías ó cristianas? No falta quien lo ha dicho; porque ello es que todo se ha dicho en contra de la verdad, y en virtud de esta teoría, Philon, nacido en el seno del judaismo, habria sido el iniciador de Jesus. Ya hemos visto á M. de Bunsen re-presentando á dicho judío helenizante, como el simple intérprete de una cábala zoroástrica; al presente lo vemos trocado en corifeo de una preparación evangélica. Hoes poco era el canal, ahora es el origen del espíritu moderno.

Philon pertenecía á una categoría de judaizantes theosofos que procuraban ensalzar el mosaismo en el aprecio de los paganos, enlazándolo con la ciencia de la Grecia y del Oriente. Acontecia esto en la época de transacciones filosóficas y religiosas. Los judíos entraron en este camino gracias á la influencia de la civilización romana, sacrificando en ocasiones hasta los principios de su ortodoxia tradicional. Este espíritu de concesion, poco sensible en Jurasalen, desarrollóse principalmente en las regiones distantes del centro, y particularmente en las colonias judías de Alejandria y de Babilonia. En este teatro fué donde floreció Philon, doctor fariseo, en los tiempos inmediatos á la venida de Jesucristo, merced á una doctrina que más bien que la conciliacion del Antiguo Testamento con la filosofía griega, era la propagacion de esta bajo las formas bíblicas. Ahora bien, ¿hay siquiera sombra de verosimilitud en el sistema que hace de Jesus el plagiarlo de semejante predecesor?

Una ligera comparacion de ambas enseñanzas basta para demostrar lo infundado de semejante aserto. «Lo que recomienda los escritos de Philon á la atencion de la crítica, no estriba en manera alguna en la originalidad de sus concepciones filosóficas, en las cuales se ven predominar

alternativamente los dogmas revelados del Antiguo Testamento, las teorías del espíritu griego y las especulaciones orientales. Su filosofía es un sincretismo en la más estricta acepción de la palabra, pues toma de Pitágoras, de Platon, de Zenon y de Aristóteles. Discipulo de tan distintos maestros mezcla en ocasiones sus doctrinas, sin que al parecer se aperciba de los diferentes puntos de vista de donde proceden. Ni alcanza mejor resultado cuando pretende fundir esos diversos elementos con las concepciones de origen oriental. Dualista unas veces con Platon y Aristóteles; partidario otras de un solo principio, cuyas consecuencias son todas resultado de la evolucion; acercándose en ocasiones al dogma bíblico de la creacion, han sido vanos cuantos esfuerzos se han hecho para coordinar sistemáticamente las opiniones aisladas, y las afirmaciones contradictorias diseminadas en sus obras. Su preocupacion constante consiste en rehabilitar el judaismo á los ojos de los filósofos paganos, por medio de un sistema de arreglos que le permite hallar sus doctrinas en los libros de Moisés y de los profetas; pero, como fácilmente puede comprenderse, no le es posible, en la mayor parte de las ocasiones, alcanzar semejante resultado, como no sea violentando la le-

tra de la Escritura, y desnaturalizando completamente su espíritu (1).

Esto sentado y con las piezas del proceso en la mano preguntamos: ¿Qué es lo que se encuentra en el Evangelio de Philonismo? Podrá decirse, por ejemplo, que el método del doctor alexandrino ha dejado impresas algunas de sus huellas en el de San Justino y de los primeros Padres: podrá decirse que algunas de sus apreciaciones respecto de las theofanías ó manifestaciones divinas del Antiguo Testamento, atribuidas á la persona del Hijo, han alcanzado, mediante ciertos retoques, determinado favor en nuestras primeras exposiciones apologeticas; mas poniendo en contacto el philonismo y el cristianismo, solo se distinguen diferencias, sino es que se hallan verdaderas oposiciones.

Su verbo dista más del verdadero que el de Platon, y sin embargo el doctor Alexandrino, se hallaba en mejores condiciones para conocerlo que el filósofo griego; porque en su tiempo habianse escrito ya los libros proto-canónicos, en los cuales se insinuaba la personalidad del Ver-

[1] El R. P. Thomas, *Origenes de' cristianismo*.

bo ó de la Sabiduría, indicaciones que, vagas y obscuras en un principio, toman un carácter más determinado en el libro de los Proverbios, y se hacen mucho más explícitas en los libros deuteró-canónicos, compuestos con posterioridad al regreso del cautiverio. Nada tiene pues de extraño que siendo judío y procediendo de una familia sacerdotal, haya conocido Philon esos antecedentes del dogma cristológico; mas lo que sí sorprende es que habiendo podido beber en una fuente tan pura, se haya complacido en corromper sus aguas.

Y la verdad es que las ha corrompido hasta el punto de que bajo su pluma la Trinidad se convierte en una *cuaternidad*. Esos cuatro principios de las cosas son: el Dios supremo, la razón, la potencia creadora y el poder director: y como en este sistema la materia se considera necesaria y eterna, no habría conveiente en considerarla como quinto principio. Estas causas primordiales y activas de la *cuaternidad* filoniana, ¿son hipostasis? Como el géneo metafórico del autor todo lo personifica, es difícil saberlo. Sin embargo, parece cosa averiguada que la razón, la potencia creadora y el poder director, constituyen á sus ojos simples aspectos de la divinidad sin que tengan realidad alguna hipostá-

tica. Su *logos* no es en manera alguna un yo divino, sino una fuerza inconsciente ó impersonal. Desvanecida la atención por la fraseología llena de imágenes del autor, podría presumirse lo contrario; mas cuando á quellase o pone la reflexión, se ve perfectamente que su verbo es el pensamiento divino, en tanto contiene las formas arquetípos de los seres creados; pero en manera alguna una persona.

¿Es posible reconocer bajo estos rasgos, preguntamos ahora, el Verbo eterno del cristianismo? Nadie que de sensato y formal se precie, podrá persuadirse jamás de que las incoherentes divagaciones del Judío Alejandrino hayan inspirado el prólogo del cuarto Evangelio. El Verbo de S. Juan no es un sér creado, ni la personificación alegórica de los atributos divinos; es igual al Padre y consubstancial con él mismo. Lo mismo ántes que despues de la encarnación posee los caracteres de la personalidad. Es creador segun la verdadera acepción de la palabra; ha redimido al pecador por medio de su sangre preciosísima. Esta doctrina de la redención por el sacrificio expiatorio, es completamente extraña á Philon. Su teoría del *logos* completamente impregnada de panteísmo y de dualismo, mina por su base al dogma cristiano. Que San Juan

haya tenido presente, como presumen hábiles críticos, la teoría philoniana, con el objeto de rectificarla ó combatirla, es cosa tanto más venerosimil en cuanto su objeto consistía en mantener la pureza é integridad del dogma cristológico, contra los errores dominantes en su tiempo (1)

No bastan pues algunos vislumbres y detalles de verdad en un sistema religioso para mirarle como la causa generatriz de la verdadera religion. La verdad completa, contiene necesariamente los fragmentos, y cuando en el philonismo se saluda la fuente del cristianismo, porque posee algunos elementos, no se hace más que imitar al insensato que imaginara á todos los artistas iguales á Rafael porque todos han empleado en sus cuadros el rojo y el azul y á Lulli émulo de Mozart, porque los dos han empleado en sus composiciones las notas de la gamma.

¿Seria acaso el cristianismo producto de las varias sectas que brotaron en su propio seno, el petrinismo y el paulinismo por ejemplo, y que más tarde se aproximaron y fundieron, merced á la poderosa síntesis de San Juan? Algo de es-

(1) El Rio, Thomas, *Origenes del cristianismo*.

to se ha supuesto; mas las imaginaciones se desvanecen en exposiciones aventuradas que jamás llegan á probarse. Tal fué la suerte de esta.

En virtud de este descubrimiento, llevado á cabo por la escuela de Tubinga estarian en mútua oposicion los Evangelios de San Mateo y San Lúcas. El primero reflejaría la tendencia atrasada y exclusiva de los judío-cristianos, y abundarian en él las preocupaciones rabínicas. Los propósitos del autor se limitarían á combatir las doctrinas de San Pablo, y á hacer la apología de las de San Pedro cuyas prerrogativas ensalzaba. En una palabra, semejante escrito vendria á ser algo como el manifiesto de un partido político, que bajo el nombre de petrinismo designaria su particularismo estrecho. Por su parte S. Lúcas expresaria la tendencia liberal de los gentiles convertidos que tenian como jefe á S. Pablo. Su redaccion tendria por objeto socavar por su base la influencia de S. Pedro sosteniendo al partido pauliano. De manera que segun esta teoria dichos Evangelios serian la prueba y la expresion de dos corrientes opuestas en el seno del cristianismo primitivo, corrientes ó tendencias que representarían una el formalismo judío, la otra el elemento pagano. En cuanto á S. Marcos, posterior á los que acabamos de nom-

brar, habría trabajado en establecer el acuerdo entre ambos antagonismos, guardando por su parte completa neutralidad; y S. Juan, el último de los Evangelistas, habría llevado á cabo la fusión estableciendo la verdadera unidad cristiana.

De todo esto debemos decir: tantos asertos como hechos contrarios á la verdad; más la hipótesis no está del todo mal combinada, puesto que existen algunos hechos que le comunican cierto color de verosimilitud. No había menester más la escuela de Tubinga para intentar el ensayo de una nueva paradoja.

Cierto que los judíos convertidos perdonaron difícilmente á S. Pablo el negar la necesidad de observar los preceptos legales para alcanzar la salvación, y que por su parte el gran Apóstol les combatió con energía; pero en el concilio de Jerusalen cesaron tales divergencias: todos los Apóstoles estuvieron unánimes en declarar la inutilidad de la circuncisión y de las demás prácticas judaicas, y por medio de una carta colectiva pusieron su unánime decisión en conocimiento de los nuevos conversos de Syria, Cilicia y Antioquia. Este incidente terminado casi en el momento mismo en que acababa de suscitarse, es el único fundamento de verdad existente en la

teoría en cuestion. Todo lo demás no es otra cosa que una novela exegética.

Es falso que á partir de este instante haya existido entre los Apóstoles la más pequeña divergencia; es falso que S. Mateo sea único en establecer la preeminencia de S. Pedro sobre el Colegio apostólico (1); es falso que S. Mateo limite al pueblo judío la mision del Mesías; es falso que los textos aducidos en apoyo de esta opinion tengan la menor autoridad respecto de los que sostienen lo contrario; es falso en fin que S. Mateo sostenga la observancia obligatoria de la ley ceremonial, y que haya escrito para defender el sistma de los judaizantes.

En segundo lugar es falso que el Evangelio de S. Lucas, siquiera redactado por un discípulo de S. Pablo, sea la expresion de un espíritu particular impropriamente llamado el paulinismo; es falso que deduciendo el destino universal de la Ley nueva, haya tenido la intencion más insignificante de empeñar y sostener polémica contra S. Pedro, puesto que este había tenido la vision

(1) Véase S. Marcos, 3 16. 8-20. 9-5. 10-28. 14-33. S. Lucas, 6-14. 8 46. 9-20 y 26. S. Juan, 1-43. 6-68. 13-6 y sigs. 36 y sigs.

de los animales puros é impuros y secundaba el apostolado de los gentiles.

En tercer lugar, es falso que S. Márcos se propusiera colocarse en una situación neutral entre S. Mateo y S. Lucas, según lo comprueban las dos siguientes razones: primera, que según la historia S. Marcos escribió ántes que S. Lucas: segunda, que no habiendo existido divergencia alguna entre S. Pedro y S. Pablo, no habia para qué empeñarse en establecer un acuerdo.

Por último: es falso que S. Juan escribiera su narracion con un propósito irénico, éis decir para llevar á cabo la pretendida fusion intentada por S. Márcos. Todo el mundo sabe que su principal propósito consistió en trazar un cuadro real, ducido, pero cronológico de la vida del Salvador y confundir á los discípulos de S. Juan Bautista que habian formado una secta destinada á alcanzar larga vida, y además refutar á los gnósticos y á los docetas.

Por consiguiente lo que se llama el petrinismo de S. Mateo y el paulinismo de S. Lucas, la pretendida oposicion de ambos Evangelistas, presentada como la expresion de dos escuelas rivales que desgarraron el seno del cristianismo primitivo, y por último, el propósito de S. Márcos de poner de acuerdo ambas escuelas, intento

llevado á cabo por S. Juan, no es más que una imaginacion, un sueño, una fantasía, concebida por las nebulosas inteligencias de algunos exegetas alemanes (1).

La conclusion que inmediatamente se desprende de esto, es: que el cristianismo es la obra de la revelacion de Cristo, y no la de un trabajo póstumo llevado á cabo por sus discípulos.

IV.

¿Han influido más poderosamente en la formacion del dogma cristiano los esfuerzos del eclec-ticismo alejandrino?

Fundada la escuela de Alejandria por Ammonio Sacca á fines del siglo segundo, tuvo sucesivamente por gefes á Plotino, Porfirio, Jambli-

1) Para las pruebas consúltese el Rdo. Vilmsin: *Estudio crítico de los Evangelios*.

so y Proclo. Lejos de ser la provisorio y el auxiliar del cristianismo naciente, fué más bien su rival. Un día el paganismo, reducido al último extremo por los progresos evangélicos, llamó en su auxilio todas las religiones y todos los sistemas precedentes de su principio, con el objeto de construir un conjunto por cuyo medio pudiera resistir durante algun tiempo la invasion que amagaba anonadarle. Esa amalgama recibió el nombre de neoplatonismo. Eclético en su método, el neoplatonismo no creaba doctrinas, las elegía, convencido de que la oposicion existente entre las mismas, es sólo aparente y de que existe variedad, pero no contradiccion. Práctico en su fin, el neoplatonismo rechaza la forma abstracta de las antiguas filosofías, para anexionarse los misterios y los ritos exteriores; pues la prosperidad del cristianismo le enseñó que la doctrina para ejercer verdadero dominio sobre las almas, debe convertirse en religion. Dados estos antecedentes, el lector habrá podido comprender lo infundado de la objecion: el neoplatonismo es el que se formó á la manera del cristianismo, y no éste á la manera de aquel. Vamos á demostrarlo.

La cuestion es histórica y poco ocasionada á verse obscurecida por el artificio. La anteriori-

dad del dogma cristiano, con relacion á las especulaciones alejandrinas, será siempre una prueba fehaciente de que no procede de estas, que no es posible que la hayan inspirado, por lo mismo que aparecieron doscientos años más tarde. No se nos oculta que se pretende eludir este argumento, diciendo que nuestra fé solo recibió su fórmula positiva en Nicea, y que entre Jesucristo y esta época, nuestras creencias fundamentales, por ejemplo, la divinidad de Cristo y el dogma de la Trinidad, fueron, desenvolviéndose al calor de la influencia neoplatónica. Mas esto no pasa de ser un lugar comun más frecuentemente refutado que reproducido. Las doctrinas de los Padres anteniceanos subsisten aun, y prueban que la Iglesia solo ha recibido su depósito de su divino fundador. Por otra parte, la doctrina de los neoplatónicos demuestra que han tomado mucho sin dar cosa alguna á nuestro símbolo, y que no podian darnos lo que realmente no tenian. Por lo demás, libros de una autoridad tan poca sospechosa como la *Historia del dogma durante los tres primeros siglos de la Iglesia y hasta el concilio de Nicea* (1) es-

[1] Por Monseñor Ginoulhac, arzobispo de Lyon,

tablecen paso á paso el origen y la formacion exclusivamente cristiana de los dogmas cristianos. Es imposible imaginar una contestacion más rotunda y más directa al espíritu de sistema que tiene por objeto falsificar nuestro paso, do en provecho de sus utopias y de sus preocupaciones. Cuando se han recorrido esas páginas tan decisivas, verdaderas informaciones de nuestra tradicion apostólica, cuando se las compara á las teorías gratuitas que se le oponen, y sobre todo, cuando se oye á los autores de estas prevenciones de tales evidencias para derir en tono de triunfo: «De Alejandría es de donde procede este nuevo movimiento, cristianismo y platonismo, que debe difundir los rayos de su luz sobre todo el antiguo mundo (2)», se comprende hasta dónde puede llegar el amor desordenado del hombre, respecto de errores que le pertenecen, en detrimento de la verdad de la cual él mismo depende.

¿Y cómo es posible que el neoplatonismo hubiese producido el símbolo de Nicea, si no lo contiene? La Iglesia canta: Creo en un sólo Dios

(1) Vachecot, *Hist. crit. de l'école d'Alexandrie*, t. II, p. 92.

creador del cielo y de la tierra; el neoplatonismo en su teodicea cosmopolita concede hospitalidad á todas las teodiceas del universo. La idea del Dios viviente y personal, la idea eólica absorbiendo toda distincion en Dios en la unidad pura é indeterminada; la idea emanatista que hace brotar los seres finitos del desenvolvimiento de la unidad indefinida; en fin, la idea dualista que establece uno enfrente del otro, los principios eternos del bien y del mal, todo combinado en relaciones imposibles, ¿serian, por ventura, el dios de Alejandría que hay valor para proclamar como padre del nuestro? ¿Es esto falta de respeto ó exceso de ignorancia?

Y todavía no es esto todo: la triada ó la tétrada neoplatónica constituye la fórmula panteística de la vida universal identificada con la vida divina: es Dios sacando los seres de su seno y corvirtiéndose á sí mismo en todo, siguiendo una degradacion insensible que del punto más culminante de su sér, va acentuándose cada vez más, hasta llegar á los grados más inferiores. Al contrario, la Trinidad cristiana excluye la conexion de lo finito con lo infinito, y consagra la distincion substancial del Creador y de la criatura.

En la Trinidad cristiana hay tres hypóstasis

consustanciales: en la alejandrina existe una cuarta, la naturaleza, sin contar con que Basídeos y los gnósticos, fecundando esa idea de Proclo, descomponen la divinidad en cincuenta y dos desenvolvimientos sucesivos, cada uno de los cuales comprende otros siete, lo cual forma un total de trescientos sesenta y cuatro momentos hypostáticos en la evolución de la unidad divina.

¿Y puede concebirse que esta mezcla de metafísica é iluminismo, no ménos insensatos el uno que la otra, haya podido iluminar á los oráculos de Nicea? ¿Y esos doctores alejandrinos, ¿habrían sido los teólogos de San Atanasio? Por toda contestación me limito á decir, que desseo llegue un día en que sean tan conocidos como la profesión de fé de San Atanasio: semejante paralelo constituiría la mejor refutación y el más digno castigo que pudiesen recibir sus admiradores.

«Importa, pues, ser prudente cuando se trata de sostener que una doctrina procede de otra. Para proclamarla con certeza, es indispensable que se encuentren por ambas partes numerosos puntos de contacto, profunda y vigorosamente caracterizados. Mas, para demostrar esa filiación, no basta con que existan ciertas ligeras correspondencias accidentales, que pueden ser

consideradas como coincidencias casuales ó inspiraciones propias y naturales del sentido común. Apoyarse únicamente en esta base de semejanza superficial é indefinida, para deducir de ello la generación de una creencia procedente de otra creencia anterior, vale tanto como caer en una temeridad que ofende á la razón.

«Mas, en vez de aceptar el nacimiento ó el parentesco real de los dogmas cristianos, nos complacemos dándoles otros completamente hipotéticos; nos empeñamos, quieras que no, á que se hayan formado de un pensamiento tomado del Oriente, de otro que del Occidente procede; de un tercero, que deriva del Norte; y para comunicar á nuestras manifestaciones una apariencia de solidez, establecemos corrientes arbitrarias de ideas, á través de los tiempos y del mundo. Los hechos pueden apoyarnos ó desmentirnos; mas no importa: si están de acuerdo con nuestras teorías; tanto mejor; si nos condenan, no por esto nos inmutamos; de todos modos constituye una verdadera maravilla el considerar con qué arte ingenioso, y con qué atrevimiento de invención hacemos ir y venir, subir y bajar y dar vueltas en lo pasado sistemas enteros, ó fragmentos de sistemas, para llevarlos como otros tantos afluen-

tes, al que pretendemos ser resultado de sus aguas reunidas (1).»

Llegados al término de este estudio, juzgamos de nuestro deber comunicar al lector nuestras impresiones relativamente al debate que acabamos de cerrar. Nuestras impresiones son mil veces más favorables à la divinidad de nuestros orígenes cristianos, que las razones por medio de las cuales hemos pretendido robustecerlas: en cada individuo existe una parte intuitiva en la cual la convicción va más léjos que la demostración. Despues de haber compulsado toda la acusacion planteada por la crítica contra la sinceridad de nuestros monumentos originales, nos queda la firme convicción de que no es otra cosa más que un amontonamiento de nubes suscitadas por el artificio, puesto al servicio del sistema y de la pasion. Decia Bossuet, hablando de la defensa de la religion, que apostaria en favor de ella su cabeza; por nuestra parte aventuraríamos la nuestra con la mejor voluntad.

Mas toda vez que el único medio de que disponemos para dar semejante testimonio consiste en consagrar nuestra inteligencia à la demos-

(1) *Moniteur Planteur: Conferencia tercera.*

tracion de nuestra fé, adelantemos, continuemos marchando por la senda abierta ante nuestros pasos. Asi como el estudio de nuestros primitivos monumentos nos introduce lógicamente en la Iglesia; de la misma manera la palabra de la Iglesia será dentro de poco la garantía más positiva de nuestros monumentos primitivos. Para alcanzar este aumento de luz, despues de haber dejado establecido debidamente que la verdadera religion sobrenatural es el cristianismo, nos bastará con dejar demostrado que el verdadero cristianismo es el catolicismo.